



Hegemonía, crisis sanitaria y bifurcación sistémica

*Ricardo Orozco*¹

“El muerto no sabe lo que es la muerte, pero los vivos tampoco”.

Carlos Fuentes

Resumen

El presente texto tiene por objeto explorar las problemáticas desencadenadas por la emergencia sanitaria global, partiendo del análisis de la imbricación de tres discusiones distintas que, sin embargo, deben ser abordadas en su unidad: en primer lugar, la crítica al cientificismo moderno, toda vez que éste opera como un velo ideológico de pretendida neutralidad axial y objetividad intelectual frente a la necesidad de reivindicar un uso ético-político de la ciencia, en contra de la explotación capitalista; en segundo lugar, el estudio de cómo, a través del cientificismo, se ha subestimado la importancia de analizar los programas de seguridad bacteriológica de los complejos militares de las potencias globales (particularmente de Estados Unidos), partiendo del entendido de que el desarrollo de la ingeniería genética abre nuevas posibilidades armamentistas hasta ahora aún desconocidas; y en tercer lugar, el balance de la reacción puesta en marcha por parte de los grandes capitales internacionales para acelerar la automatización de procesos y los desarrollos de inteligencia artificial para agudizar la explotación de recursos en el planeta, agravando la catástrofe civilizatoria en la que se vive.

Palabras clave: inteligencia artificial, militarización, estado de excepción sanitaria, izquierda

¹ Alán Ricardo Rodríguez Orozco. Lic. en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Grupo de Trabajo *Geopolítica, integración regional y sistema mundial*, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). ricardorozco@live.com.mx. ORCID/0000-0001-9067-6001.

Hegemony, health crisis and systemic bifurcation

Abstract

The present text aims to explore the problems triggered by the global health emergency, starting from the analysis of the overlapping of three different discussions that, however, must be addressed in their unity: Firstly, the criticism of modern scientism, since it operates as an ideological veil of alleged axial neutrality and intellectual objectivity in the face of the need to claim an ethical-political use of science, against capitalist exploitation; in second place, the study of how, through scientism, the importance of analyzing the bacteriological security programs of the military complexes of the global powers (particularly the United States) has been underestimated, starting from the understanding that the development of genetic engineering opens up new armament possibilities as yet unknown; and thirdly, the balance of the reaction set in motion by the great international capitals to accelerate the automation of processes and the developments of artificial intelligence to sharpen the exploitation of resources on the planet, aggravating the civilizing catastrophe in which we live.

Keywords: artificial intelligence, militarization, state of health emergency, left

La certidumbre de la ingenuidad

Ya desde los primeros días de diseminación de la nueva cepa de Coronavirus (*SARS-CoV-2*), que sumergió, durante algún tiempo, a la mayor parte de la población del planeta en un *estado de excepción sanitaria* intempestivo, fue de vital importancia advertir que, con independencia de las causas que hubiesen generado el brote epidémico en cuestión, una de las principales consecuencias que era fundamental prever, derivado de su acelerada expansión espacial alrededor de la Tierra, tenía (tiene) que ver con la manera en que la crisis social causada por él sería empleada, en los días por venir, en la aceleración y la agudización de las estrategias de vigilancia y de control social masificados a través de la aplicación de nuevas tecnologías (Orozco, 2020a).

Y es que, en efecto, en aquel momento (y aún después, cuando la trayectoria del virus mostraba sus consecuencias más mortíferas en sociedades como la italiana, la española o la estadounidense), una de las tesis que más circulaba en el debate público general sobre la

naturaleza de la crisis tenía que ver con apuntalar la aceptación colectiva de que el brote local (en Wuhan) y su rápida conversión en pandemia (cubriendo la mayor parte del mundo) habían sido producto de una intervención geopolítica estadounidense de corte bacteriológico para asestar uno de los golpes más certeros al poderío chino y así ser capaz de revertir, por un lado, su ascenso hegemónico; y por el otro, su propia ya prolongada marcha sobre el sendero de la decadencia (Orozco, 2020b).

Con el tiempo, las redes sociales y otros espacios en los que opinar y moldear la conciencia de las masas es siempre sencillo en tiempos de crisis o en momentos que se perciben como particularmente riesgosos para la vida propia, aquella tesis fue mudando proporcionalmente a la devastación que la infección causaba en países occidentales mientras que China, paralelamente, comenzaba a avanzar en la contención y posterior mitigación de los contagios comunitarios en su territorio continental. La apuesta del sentido común dominante era, por aquellos días, sin duda, evidenciar que si los daños más grandes causados por la enfermedad Covid-19 se estaban presentando en Occidente y no en China (el lugar donde comenzó el brote), ello daba cuenta de que todo había sido, al final, una estrategia del gobierno y del ejército chinos para aniquilar los mercados occidentales sin generar sospechas mayores por haber sido el punto cero de la infección.²

² Al respecto, una cosa es cierta, hasta el momento, no se cuenta con evidencia científica alguna que indique que tales acusaciones son verdaderas, y que, en efecto, la mutación del virus y su esparcimiento se debió a un proceso de ingeniería genética (como los que a lo largo de las últimas dos décadas se han llevado a cabo en instituciones de investigación bacteriológica para mutar cepas de otros virus mortales para la humanidad). La potencia con la que el gobierno estadounidense impulsó la adopción de ese sentido común, con todo y la oposición relativamente generalizada, amplia y abierta de la propia prensa estadounidense (hasta la más fiel a la plataforma de gobierno de Donald J. Trump), no obstante, fue sistemática y sostenida. Demostrativo de lo anterior, son, por ejemplo, las sugerencias de algunos de los principales medios de comunicación afines al gobierno de Trump, como el *National Review* y *Fox News*, haciendo eco de las declaraciones del propio presidente y, sobre todo, de su secretario de Estado, Mike Pompeo. *National Review*, en ese sentido, declaró: «there's no proof the coronavirus accidentally escaped from a laboratory, but we can't take the Chinese government's denials at face value». (Geraghty, 2020). *The Washington Times*, por su parte, publicó: «the deadly animal-borne coronavirus spreading globally may have originated in a laboratory in the city of Wuhan linked to China's covert biological weapons program, said an Israeli biological warfare analyst. Dany Shoham, a former Israeli military intelligence officer who has studied Chinese biological warfare, said the institute is linked to Beijing's covert bio-weapons program». (Gertz, 2020). Mientras que en *FoxNews* se subrayó: «all evidence in investigations of the origin of the deadly coronavirus pandemic points

Las guerras bacteriológicas, por supuesto, no son una ingenua fantasía propia de mentalidades susceptibles de reproducir teorías *conspiracionistas* sólo porque el recurso intelectual a las fuerzas del *bien* y del *mal* es siempre sencillo de armar y de vender a multitudes desprovistas de herramientas analíticas suficientes como para discernir entre el torrente de información y sacar conclusiones más certeras y verídicas. Estados Unidos y Rusia, por ejemplo, son responsables de los dos únicos laboratorios que aún conservan muestras del virus que causa la enfermedad de la viruela, uno de los más letales de los que haya tenido registro jamás la historia de la humanidad. Pero además de estas potencias globales en materia de investigación en biotecnología, otros Estados cuentan con almacenes en los que se preservan muestras de una multiplicidad y diversidad de agentes patógenos, muchos de los cuales son amenazas potenciales capaces de extinguir a la vida humana de la faz de la Tierra (López Sánchez, 2017).

En cada caso, por supuesto, las reservas responden a las necesidades reales de la humanidad de contar con archivos de sus diferentes cepas para, en caso de que sea necesario, contar con material genético suficiente para trabajar sobre la elaboración de medicamentos y vacunas en situaciones en las que por alguna razón un nuevo brote o una nueva cepa irrumpa en el curso de la vida cotidiana de la humanidad. Ello, no obstante, no significa, de ningún modo, negar que de hecho algunos andamiajes gubernamentales y sus respectivos aparatos de inteligencia y de defensa tienen un largo registro histórico de desarrollo de armas biológicas, estrategias de combate de guerras bacteriológicas y casos de prueba en los que deliberadamente se introducen algunos tipos de virus, esporas, hongos, bacterias, etc., en el seno de una colectividad para entrenar a las fuerzas armadas y a las instituciones del ramo en escenarios futuros de guerra en contextos complejos. Aquí, de nueva cuenta, el caso estadounidense es uno de los más y mejor documentados, pero no es el único (McNeil Jr., 2012; Mackenzie, 2003; Chen & Gonçalves, 2016; Buttler, 2015).

to two laboratories in Wuhan, China, Sen. Tom Cotton, R-Ark., said Tuesday. In an appearance on "America's Newsroom" with host Sandra Smith, Cotton said that, contrary to another theory, no evidence pointed to the virus originating in a seafood market in Wuhan». (Musto, 2020). La postura del Secretario de Estado, Michael Pompeo, versó sobre señalar que se contaba con evidencia (trabajo de inteligencia) que corroboraba que la fuente era la ingeniería genética: «the US secretary of state, Mike Pompeo, claimed on Sunday there is “enormous evidence” the coronavirus outbreak originated in a Chinese laboratory – but did not provide any of the alleged evidence». (Berger, 2020).

En ese sentido, aunque para el caso actual de la nueva cepa de *SARS-CoV-2* no existe prueba alguna que permita afirmar que su brote y esparcimiento fueron producto de una intervención de laboratorio por parte de ninguno de los dos bandos (o de terceras partes), resulta fundamental no pasar por alto ejemplos específicos que dan cuenta de la manera en que las grandes potencias se preparan para enfrentar amenazas a su seguridad nacional en términos bacteriológicos. En 2011, por ejemplo, se hicieron públicas unas investigaciones sobre los protocolos para mutar el virus de la influenza aviar tipo A H5N1 (Herfst, *et. al.*, 2012), que si bien no es una cepa con grandes alcances de diseminación, sus niveles de letalidad (por encima del 50%) la convierten en una de las más peligrosas para los seres humanos. El caso es importante porque lo que se experimentó para mutar el virus redundó en incrementar sus capacidades de transmisibilidad y en aumentar su letalidad.

¿Qué es lo relevante de este dato, en apariencia superficial e inútil, para comprender la discusión abierta por la pandemia de Covid-19? Tres elementos: primero, permite rastrear la constatación del avance y las innovaciones sobre las cuales se trabaja en el terreno de la ingeniería genética y la biotecnología para experimentar con la transmisibilidad y la letalidad de ciertos virus;² en segundo lugar, delinea que el tratamiento primario que se le da a los brotes epidémicos y las pandemias no es de carácter médico, sino militar y con implicaciones de seguridad nacional; de ahí que las principales instituciones encargadas de diseñar las políticas para su enfrentamiento dependan, sobre todo, de los aparatos militares, de inteligencia y de defensa del Estado; y, en tercera instancia, muestra que si bien es cierto que existen los mecanismos jurídicos e institucionales para prohibir la investigación científica de enfermedades con fines bélicos, el empleo de los resultados de esas investigaciones no queda exento de estar orientado por su uso militar.

En Estados Unidos, por ejemplo, las principales agencias de inteligencia, *think tanks* y centros de investigación y análisis especializado, con una fuerte carga de influencia en las decisiones gubernamentales de la administración federal, han pasado los últimos veinte años insistiendo en que la aceptación generalizada, por parte de la sociedad, de que las guerras bacteriológicas son un tema de *teorías conspiranóicas*, ha conducido al aparato científico-tecnológico-militar a descuidar los programas de defensa y contraataque en materia bacteriológica/biológica. *Foreign Policy*, una de las revistas especializadas de mayor tradición y peso en la definición de la política exterior estadounidense (fundada por el ideólogo del *choque de civilizaciones* que hoy justifica la guerra global en contra del terrorismo, Samuel P. Huntington), lleva ya varios

años insistiendo en esa tesis, y en la importancia que tiene el aceptar que las amenazas biológicas son reales no sólo porque el enemigo las produce, sino porque, además, en el seno mismo del complejo científico-tecnológico-militar-financiero de Estados Unidos se experimenta con la ingeniería genética. Así pues, a raíz de la pandemia de Covid-19 en aquel país, en dicha revista se hizo pública la siguiente declaración de principios sobre la cuestión:

[...] Genetic manipulation is the most dangerous threat humanity has ever faced because it allows anyone to spin straw into lethal gold. Unlike the hypothetical nuclear terrorist whom we've spent untold fortunes preparing for but who can't act without acquiring precious, rare, and heavily guarded fissile material, the biohacker will be able to harvest germs from anywhere. And unlike the nuclear terrorist, who gets only one shot at destruction, the biohacker's bomb can copy itself over and over again. [...] Conspiracy theories and pseudoscience have left the United States fatally unprepared for real biological warfare (Brooks, 2020).

RAND Corporation, el *think tank* encargado de asesorar directamente a Donald Trump en lo relativo a sus políticas de seguridad nacional, doméstica e internacional (y sucesor, para esta administración, de *Stratfor*, *think tank* encargado de dicha tarea durante los dos mandatos de Obama), en esa línea de ideas, ha sostenido durante un largo periodo de tiempo la postura de que los avances científicos y tecnológicos están haciendo que las formas en las que se desarrolla la guerra sean más propensas a darse en la dimensión biológica-bacteriológica, y con altos grados de control en su regulación y regularidad, por lo cual Estados Unidos debería estar desarrollando un mejor programa de contraataque y de defensa ante escenarios posibles:

[...] Advances in biotechnology have brought a wide range of benefits in health and medical research, food and agriculture, even manufacturing. At the same time, biotechnology is also advancing on a darker side, as biological weapons are now within the reach of many rogue nations and possibly some terrorist groups. The deliberate use of biological pathogens to attack a major population center could kill or infect hundreds of thousands of people yet report after report shows the United States to be ill prepared to address a threat that is only increasing as technology marches forward (Gerstein, 2016).

Y es que, en efecto, de acuerdo con la propia racionalidad de los estrategas militares que en el caso particular de Estados Unidos se hacen cargo de diseñar la respuesta a este tipo de amenazas, éstas son tales porque:

[...] In contrast to other chemical, biological, radiological, or nuclear weapons, they have distinctive dangerous characteristics: miniscule quantities—even 10-8 milligrams per person— can be lethal; the symptoms can have a delayed onset; and ensuing waves of infection can manifest beyond the original attack site. [...] Bioweapons can be delivered in numerous ways: direct absorption or injection into the skin, inhalation of aerosol sprays, or via consumption of food and water. The most vulnerable—and often most lethal— point

of entry is the lungs, but particles must fall within a restrictive size range of 1 micrometer to 5 micrometers to penetrate them. The revolution in genetic engineering provides a path for overcoming delivery issues and escalating a biological attack into a pandemic. First, tools for analyzing and altering a microorganism's DNA or RNA are available and affordable worldwide. Moving one step further, genetic engineering raises the possibility of creating completely new biological weapons from scratch via methods similar to the test-tube synthesis of poliovirus in 2002. It is, thankfully, hard to use this process to create agents that can kill humans. However, genetic engineering can be used to create “non-lethal” weapons that, when coupled with longer-range delivery devices, could kill crops and animals, and destroy materials—fuel, plastic, rubber, stealth paints, and constructional supplies—that are critical to the economy. Skeptics might question why a rational adversary would risk creating and employing bioweapons that are unpredictable and relatively hard to deliver to a target. First, some potential terrorists are “irrational” in the sense that death does not deter their service to a higher purpose; or, they may simply show a willingness to carry out orders from a state sponsor or a lack of concern for public opinion. Second, future state aggressors might genetically engineer a vaccine to immunize their populations prior to unleashing a bioweapon so that the attack would only be indiscriminate within targeted nations. Third, the unprecedented harm done by COVID-19 demands a transformation of 9/11-era priorities to recognize that “preparing for domestic threats like pandemics will be far greater concerns for most Americans than threats from foreign adversaries.” Bioweapons combine the worst of these national and international threats (Howard, 2020).

Todo lo cual, por supuesto, no únicamente tiene la capacidad de minar a la población de un país con todo y su sistema sanitario, sino que, además y de manera más importante, contiene el potencial para dinamitar las capacidades de producción y las necesidades de consumo de cualquier Estado, en particular; y de la economía-mundo, en general.³

Ahora bien, en lo relativo a las dos narrativas que emergieron en Oriente y Occidente sobre la responsabilidad del brote de *SARS-CoV-2*, el conocimiento de ese tipo de programas y el empleo de usos aislados y a menudo poco contextualizados y desmenuzados en todas sus peripecias sirvió para alimentar las teorías de que todo lo que ya estaba ocurriendo a partir del brote en Wuhan era el preludio de una guerra de alta intensidad de corte bacteriológico en la que se demuestra que los conflictos bélicos y las hegemonías ya no se pelean a través de medios convencionales (para el siglo XX, claro). Tal explicación, sin embargo, por supuesto pasa por alto el análisis de la propia dinámica biológica de agentes como los virus y, en consecuencia,

³ En el contexto de la pandemia en auge en Estados Unidos, por ejemplo, el National Disaster Resilience Council publicó un documento sobre las consecuencias catastróficas que el Covid-19 tendría en el país en dieciséis sectores críticos para la preservación del Estado estadounidense: Chemical, Commercial Facilities, Communications, Critical Manufacturing, Dams, Defense Industrial Base, Emergency Services, Energy, Financial Services, Food and Agriculture, Government Facilities, Healthcare and Public Health, Information Technology, Nuclear Reactors, Materials and Waste, Transportation Systems, Water and Wastewater. (NDRC, 2020).

ignora o simplemente invisibilizaba que, en periodos temporales de larga duración, los virus, al igual que cualquier otro organismo o ente orgánico, tienen procesos de adaptación y de mutación, en la mayor parte de las ocasiones propiciados, ambos, por los cambios electroquímicos del medio-entorno y de la química particular de los organismos que atacan.⁴ El uso desmedido de medicamentos en el organismo humano, por ejemplo, genera resistencias tanto en el funcionamiento del cuerpo como en la composición de los agentes patógenos que causan alguna enfermedad.⁵ De ahí la permanente necesidad de monitorear las mutaciones presentes en esos agentes o de actualizar la composición de ciertas vacunas.

En la tesis inicial de la *conspiración* estadounidense, además, la incompreensión del funcionamiento de la economía política, por un lado; y de los delicados equilibrios de poder en distintos espacios-tiempos del orbe, por el otro; llevó a tomar por válida la hipótesis de que la destrucción bacteriológica de China y otros enemigos de Occidente es un acto por completo controlable en su desarrollo; motivo por el cual no había que preocuparse de que la infección y la enfermedad causada por el virus llegase a Occidente y/o generase escenarios no deseados. Y es que, si bien es cierto que la historia de las sociedades modernas está repleta de ejemplos en los que es factible verificar cómo los Estados modernos son capaces de atentar en contra de su propia integridad poblacional para sacar provecho de la crisis generada, también es verdad que controlar esos resultados nunca es sencillo (por más previsiones y prospecciones que se realicen), como no lo es, tampoco, el regular la respuesta social que la gestión gubernamental de la crisis desatará en cada situación particular. (Piénsese, por ejemplo, en el número de decesos registrados por Covid-19 en Estados Unidos, Italia o España y la manera en que la población reaccionará en cada caso ante lo que en las tres situaciones ya se percibe

⁴ Al respecto, Gerardo Suzán Azpiri, investigador del Departamento de Etología, Fauna Silvestre y Animales de Laboratorio de la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia, de la UNAM, afirma: «en el caso de muchas enfermedades emergentes –es decir, las que son causadas por un agente infeccioso recién identificado–, la modificación de los patrones de distribución de especies, inducida, sobre todo, por actividades humanas como el cambio climático, la deforestación, el cambio de uso del suelo y la introducción de especies exóticas, tiene un papel fundamental en su aparición [...] Ahora, con la deforestación y la pérdida de los ecosistemas, no pocas de las zoonosis son compartidas por animales tanto domésticos como silvestres, y los humanos». (Gutiérrez, 2020: 4).

⁵ Pablo Vinuesa investigador del Centro de Ciencias Genómicas, de la UNAM, sostiene sobre este tema: «la Organización Mundial de la Salud en 2014 sacó un reporte global de los países miembros en el que resumía el estado del problema de la resistencia a antibióticos. Llegó a la conclusión de que ya estamos totalmente en la era posantibióticos. Esto quiere decir que no es una fantasía apocalíptica eso de que no contamos ya con esas drogas que eran fundamentales para contender con infecciones, operaciones, trasplantes, terapias contra cáncer y otros problemas de salud». (López, 2020: 7).

colectivamente como fracasos totales de la estrategia de contención y mitigación de la enfermedad) (Ramonet, 2020).

Y en la tesis sobre la *conspiración* china, por otro lado, lo que simplemente no se supo explicar (en una de las más grandes muestras de ignorancia respecto de la lógica de funcionamiento global del capitalismo moderno), es que a China, en general, de poco le sirve, para consolidar su hegemonía planetaria, un mercado mundial destruido, sin condiciones mínimas de capacidad de producción y de consumo; necesarias, ambas, para sostener la concentración, centralización y acumulación de capital chino. La supremacía en el capital, después de todo, no opera cuando el mayor competidor por ella no tiene la opción de colocar su producción en distintos mercados para su consumo.

Ofensivas contra la sujetidad social: automatismos y automatización capitalista

¿A qué conclusiones conducen todas estas puntualizaciones sobre el estado y el origen de la situación imperante en el mundo? En primer lugar, a reconocer que, en tanto no se tengan las pruebas necesarias para confirmar las dos tesis sobre la *conspiración* bacteriológica, la mejor explicación que se tiene sobre el origen del fenómeno se halla en la forma en que operan las adaptaciones y mutaciones en la vida natural del planeta. Y en segundo, a reconocer que, con independencia de las causas del brote, lo que realmente importa analizar tanto para comprender el presente como para zanjar previsiones sobre el futuro es la manera en que gobiernos, Estados y corporaciones transnacionales *utilizan* los *efectos* de la pandemia para cambiar, afinar, ampliar, agudizar, perfeccionar, justificar, legitimar, etc., ejercicios de poder, de violencia, de vigilancia, de control, de manipulación, de explotación y de dominación social, que de otra manera tendrían que atravesar por densas dinámicas de oposición y resistencia colectiva; o por periodos muy prolongados de implementación y aceptación generalizada (Orozco, 2020).

Situaciones excepcionales después de todo, requieren de medidas excepcionales. Y es en la coyuntura de esa excepción actual que tirios y troyanos por igual aprovechan el momento para hacer valer sus agendas e intereses. Poco importan las causas del *origen*, porque es en la definición de la *trayectoria*, de las *tendencias* y del *sentido* de la crisis en donde hoy día se juegan las mayores disputas geopolíticas. Y una vez más, es el grueso de la sociedad la que se halla en el centro de los experimentos de ingeniería social gestionados para gobernarle de maneras más herméticas.

Una de esas definiciones iniciales tiene que ver con la susceptibilidad de distintas profesiones de ser llevadas a cabo de manera *no-presencial*, a través de diferentes servicios y plataformas digitales. Aquí, de entrada, lo primero que se observa es una obviedad: no todas las actividades productivas pueden ser realizadas remotamente, y dentro del conjunto de aquellas que parcial o totalmente pueden ser mudadas hacia experiencias remotas, algunos de los principales problemas que se presentan tienen que ver, sin duda, con las capacidades financieras y la disposición de infraestructura y de equipo básico por parte de los y las profesionistas del ramo, por un lado; y de la población objetivo, por el otro.

Aquí, de nuevo, lo que se demuestra es que las diferencias de clase, de raza⁶ y de género importan y condicionan las capacidades de cumplir con el trabajo remoto exigido por las contingencias. De un día para otro, cientos de miles de profesionistas vieron su actividad reducida a las condiciones imperantes en plataformas como Uber, con todo lo que eso significa en términos de radicalización de la explotación laboral: compra de equipo físico (*hardware*) e informático (*software*), disposición de instalaciones para realizar cada actividad, compra de insumos, pago de servicios (electricidad e internet), y todo, sin cargos para el patrón. Y a su vez, del otro lado de la ecuación, proporcionalmente, cientos de miles de beneficiarios y beneficiarias de ciertos servicios de pronto se vieron o bien en la necesidad de invertir una parte significativa de sus recursos para cumplir con los requisitos necesarios para realizar el trabajo en casa o bien por completo privados y privadas de él, en el entendido de que reunir esas condiciones es simplemente un *privilegio* material que no se pueden dar frente a otras necesidades más apremiantes, como la alimentación, la salud propia o de su núcleo social, el

⁶Quizá valga la pena realizar una aclaración sobre la manera en que la categoría raza es empleada en estas líneas. Y es que, por principio de cuentas, la raza (o sus derivaciones políticamente correctas, como: etnia) es una invención de la modernidad capitalista en el marco de las relaciones coloniales que se establecieron entre conquistados y conquistadores. En tanto que invención, pues, las diferencias fenotípicas a las que hace referencia el concepto, lejos de ser representativas de distinciones civilizatorias y/o biológicas en términos jerárquicos, deben ser comprendidas apenas como lo que son: adaptaciones orgánicas del cuerpo humano a su medio-entorno y la propia actividad social que se ejercita sobre él. El punto de su uso acá es, por lo tanto, el del reconocimiento que se hace de que a pesar de ser eso, una invención, los procesos, los discursos, las prácticas y las tecnologías de racialización vigentes tienen como efecto tangible la segregación, la distinción, la clasificación y delimitación de grupos sociales a través de su recurso.

pago de cuotas por servicios públicos, etcétera (por supuesto el goce y disfrute de servicios básicos y condiciones materiales mínimas de existencia —que no subsistencia— no tendría por qué ser calificado de *privilegio*, porque contar con esas condiciones no lo es). En México, uno de los casos más emblemáticos sobre este particular se halla en la educación (Álvarez González, 2020).

Esa dinámica, si se piensa en toda su magnitud y se estudia en aquellos rubros de la producción y el consumo que responden a características similares, da cuenta de una tendencia que ya tendría que ser de suyo conocida en cada economía nacional: que, dependiendo de los niveles de precariedad dominantes en una estructura económica nacional, es mayor o menor el potencial de automatización de sus actividades productivas en general. Es decir, en un lenguaje más abstracto, pero de uso corriente en gran parte de la población, de los gobiernos nacionales y sus empresas privadas: entre más reducido es el Producto Interno Bruto per cápita de un mercado nacional, menor es la participación de trabajos que son susceptibles de ser realizados en casa en condiciones que no multipliquen las dinámicas de explotación vigentes (este «que no multipliquen las dinámicas de explotación vigentes» es importante porque de lo contrario se pierde de vista que la automatización de procesos productivos se está dando en primer lugar en las actividades fabriles, manufactureras, que son las que abundan, y en condiciones a menudo de subvaloración de la fuerza de trabajo).

Superar esa adversidad presente en la mayor parte de las economías dependientes (de América y del resto de las periferias globales) es justo el objetivo central de un cúmulo de estrategias implementadas por las grandes corporaciones en el ramo de la tecnología de punta alrededor del mundo, aunque no, por supuesto, para mantener a la totalidad de la masa trabajadora, sino, antes bien, para sustituir a aquella proporción que es sustituible, de un lado; y facilitar el trabajo a distancia de esa otra parte que aún no es susceptible de ser reemplazada por un robot y un algoritmo. Y es que si bien es cierto que esa *reconversión* del trabajo presencial por su acceso remoto es una tendencia que ya desde hace algunos años viene ganando terreno y creciente potencia, las facilidades que ofrece un clima social de desmovilización, de precarización y de despidos masivos son que ahora es viable avanzar a pasos agigantados por ese camino, en primer lugar, por el incremento exponencial de la demanda de estos servicios y plataformas que las cuarentenas nacionales propiciaron (ofreciendo a estas corporaciones una profusión nunca antes vista de experiencias e información de uso masivas a partir de las cuales acelerar el aprendizaje de los *softwares* detrás de sus servicios); y en segundo, debido a que, al encontrarse

la colectividad en un ánimo de pánico y de resguardo de su integridad física, las resistencias sociales y políticas son menores en la defensa de su trabajo y sus derechos laborales.

¿Qué significa todo esto en términos de las políticas públicas implementadas por los gobiernos para responder a los efectos causados por sus propias medidas de contención y mitigación de los efectos a la salud pública causados por el Covid-19? En México, únicamente dentro del marco temporal de los primeros meses de distanciamiento social autorizado por el gobierno de la república, poco más de un millón de empleos formales (falta la cifra negra de los informales) fueron liquidados en distintos rubros por parte de las principales unidades económicas en el país (Animal Político, 2020). En perspectiva regional, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe prevé que el escenario que se vive en México se replique de manera diferencial para el resto de la región, pero consiguiendo, de cualquier modo, que más de veintitrés millones de personas terminen el año en condición de pobreza, que más de quince millones ingresen a las filas de la indigencia (debido únicamente a las consecuencias de las medidas gubernamentales para mitigar la transmisión del SARS-CoV-2) y que, hacia el final del año, poco menos de un tercio de la población total de la región se halle en situación de pobreza (CEPAL, 2020: 1-15).

Esa magnitud de desempleo, de pobreza y de indigencia, sin embargo, no toma en consideración a aquellas actividades que luego de la vigencia del *estado de excepción sanitaria* no serán recuperadas debido a la penetración tan amplia y tan profunda de las tecnologías de la información en la sustitución del empleo presencial por algoritmos de inteligencia artificial y maquinarias cada vez más especializadas y autónomas. El impacto sobre el cual se están modelando y haciendo prospectivas de *recuperación* de la actividad productiva y consuntiva para después de la crisis sanitaria, por lo tanto, sólo se centra en el desempleo directamente provocado por despidos injustificados, liquidaciones, etc., registrados a partir del cierre de actividades por las cuarentenas, y no contemplando aquello que ya no será rescatable en los mismos términos en los que se encontraba en los momentos anteriores a la emergencia de la crisis.

Que en México y en América el grueso del desempleo provocado por la contingencia sanitaria se halle en los ramos del comercio y los servicios, en este sentido, no es casual ni azaroso. La mayor parte de la literatura y la investigación realizada por capitales privados y algunos gobiernos sobre el avance en la automatización de procesos productivos y cadenas de valor

globales apuntan justo en esas dos direcciones como los nichos de mayor potencial de automatización para los siguientes años en prácticamente la totalidad de las economías nacionales del planeta Tierra —y ello, tomando ya en consideración algo más que la pura viabilidad técnica del remplazo tecnológico, avanzando sobre el análisis de a) los costos que representaría dicha automatización; b) la ponderación del costo de la labor *vis á vis* la disponibilidad y el abaratamiento de la mano de obra humana; c) los márgenes de rendimiento de la automatización, además de los obtenidos por la sustitución del costo de la mano de obra; y, d) los grados de aceptación cultural y colectiva de las poblaciones en las que se introduzcan las mayores sustituciones (Manyika, et al., 2017). En el caso específico de México, y aún antes de la emergencia de la pandemia por *SARS-CoV-2*, tan sólo por efectos del potencial de factibilidad de automatización (es decir, sin tomar en cuenta los otros cuatro rasgos) el 63% del empleo total en el país y 64% del empleo en el terreno de las manufacturas son sustituibles (Minian & Martínez Monroy, 2018: 27-53).

Perspectivas de la bifurcación sistémica

Ahora bien, ante este panorama (nada alentador para las masas más explotadas y desposeídas), uno de los fenómenos que más sorprende y causa admiración tiene que ver con el cortoplacismo a partir del cual los análisis especializados en la lectura de la realidad social contemporánea dan por muerto o bien al neoliberalismo o bien al capitalismo; argumentando, para el primero, que los efectos del distanciamiento social son apenas el germen de una nueva fase en las formas de convivencia humana, en esta ocasión caracterizada por la reducción en el contacto colectivo; y para el segundo, que los cierres de fronteras, la reducción en la actividad comercial, las disposiciones tomadas para reducir a los niveles mínimos posibles nuevas pandemias, etc., son una suerte de equivalente a lo que aconteció durante el periodo de la Guerra Fría, y la división del mundo en *esferas* —supuestamente— *cerradas*.

Y lo cierto es que sorprende y causa admiración porque si bien es verdad que en la crisis de producción y consumo las medidas de confinamiento masivo tienen la capacidad de colocar sobre la mesa la imperiosa necesidad de disputar *lo público* como un bien común por encima de la propiedad privada y los usos mercantiles a partir de los cuales ésta funciona, la realidad del contexto actual, la velocidad, sobre todo, con la que los capitales han respondido, a través de desarrollos científicos y tecnológicos de punta para hacer frente a los efectos más perniciosos de las cuarentenas, da cuenta de que, en efecto, lo que ocurre en estos momentos camina en la

dirección opuesta a ese supuesto futuro *posneoliberal* y *poscapitalista* que ya tanto se vaticina desde algunos círculos intelectuales, particularmente de los que se asumen como de izquierda (Žižek, 2020: 21-28).

Acostumbradas como lo están, desde hace varias décadas, a la reproducción sistemática de un inmediatismo pragmatista y eficientista —que sin duda reditúa en la exposición mediática personal, pero que poco abunda en los análisis profundos y holísticos de los problemas sociales que ya comienzan a manifestarse en sus expresiones más radicales y amplias—, las Ciencias Sociales modernas, en bastas porciones de América y del resto del mundo, se han centrado y han insistido de manera intransigente, en los últimos tres meses, en observar en la emergencia del SARS-CoV-2 una suerte de fenómeno que *en y por sí mismo* ha sido capaz de detonar una crisis (económica, sí, pero también política, cultural, etc.) cuyos efectos tienen todo el potencial de cambiar el orden mundial vigente en su conjunto y en los nervios más profundos de su lógica de funcionamiento. Ilustrativo de lo anterior es, por ejemplo, la reiterada afirmación que hoy se reproduce como sentido común imperante en el debate público, la agenda política y de los medios, en torno de un futuro que ya desde ahora se avizora como la antítesis de la globalización y de la civilización moderna como se la conoce. La pandemia de la Covid-19 —se afirma con demasiada soltura—, llegó para cambiarlo todo y para *performar* una vida en la que la globalización es su primera víctima mortal (Olivie & García, 2020).

Gran parte de esas afirmaciones, por supuesto, se sustentan en una lectura de la realidad que, sobre todo, tiene en mente que las medidas de distanciamiento social, los procesos de aislamiento voluntario y el sentimiento generalizado de desconfianza y de inseguridad que tienden ahora mismo a separar a las personas en los espacios públicos serán la norma que regirá la vida en sociedad cuando las contingencias sanitarias nacionales alrededor del mundo terminen; por lo que, al final, el *régimen de excepción sanitaria* que se vive en el presente termina siendo extrapolado a un futuro incierto, prácticamente en términos en los que se da a entender que las afectaciones psicoafectivas provocadas por el confinamiento permanecerán como un registro permanente de contención de la convivencia colectiva en el *aftermath* de la crisis en cuestión. El problema es, por lo tanto, que en esa *transpolación* que se hace de las condiciones imperantes en el presente a ese momento futuro —que aún es difícil de prever en muchas de sus trayectorias a seguir— se pierde de vista por completo que, de hecho, las medidas excepcionales que se toman alrededor del planeta para mitigar los contagios y reducir las curvas epidémicas y de letalidad del virus son una radicalización de tendencias que ya se venían

promoviendo con mucha fuerza desde los centros de acumulación, concentración y centralización de capital para, por un lado, reducir al mínimo ciertos costos de producción, y así aumentar los márgenes de ganancia de los privados; y por el otro, contar con un mayor control sobre las contingencias políticas, a través de una exacerbación de prácticas sociales destinadas a atomizar el cuerpo social en su conjunto (lo cual, por supuesto, no es opuesto a la masificación y las altas concentraciones poblacionales, sino que es, antes bien, una de sus expresiones más acabadas: la anulación del individuo a través de la masa). El tema de la automatización productiva y de la aplicación masiva de proyectos de inteligencia artificial en gran escala y en áreas en las que hasta hace poco se tenía una presencia reducida de las mismas, sin ir más lejos, es sintomático de esa radicalización.

¿Por qué, entonces, cobra hoy día tanta potencia el argumento de que la globalización se encuentra en la fase de su agotamiento como modelo de articulación planetaria de la producción y el consumo?, ¿de dónde proviene esa imagen ahora dominante de que el modelo civilizacional que hoy impera se halla al borde del colapso debido a la pandemia?, ¿cuáles son los puntos de anclaje de esas afirmaciones que ya vaticinan que el contexto post-crisis sanitaria cambiará radicalmente al capitalismo en detrimento de sus propias lógicas de funcionamiento y operación?

En principio, una de las explicaciones más plausibles para dar cuenta de los fundamentos que sustentan ese *fatalismo esperanzador* tiene que ver con la incapacidad imperante en las Ciencias Sociales de referenciar la emergencia del *SARS-CoV-2* a un cuadro o contexto global de —en términos de Braudel— una *historia de larga duración* en la que la pandemia de Covid-19, si bien es cierto que irrumpe de manera intempestiva desatando nudos y tensiones políticas, históricas, económicas, culturales, etc., que de otra manera quizá no se habrían liberado tan pronto (o por lo menos no de la forma en que lo hicieron a raíz del avance del nuevo Coronavirus), esa irrupción no se da de manera aislada a un proceso de larga data en el que se imbrican tres crisis generales:

1. De acumulación de capital,
2. Del ejercicio hegemónico de Estados Unidos en su escala planetaria (correlativa al acelerado ascenso de China como la principal potencia que se la disputa),
3. De los límites materiales de reproducción de la vida moderna, derivados de la destrucción de las condiciones de posibilidad de la vida orgánica en el planeta.

En este sentido, pensar en la coyuntura restringiendo sus límites temporales a los márgenes propios entre el momento en que se dan los primeros brotes del virus, en China (por lo que se sabe hasta ahora) y aquel en que la mayor parte de las cuarentenas decretadas en cada Estado alrededor del mundo se acaben y la vida cotidiana *regrese a su normalidad* (la *normalidad* del capitalismo que acaba con la reproducción de toda forma de vida), conlleva el error (teórico-metodológico, sí, pero también político) de invisibilizar trayectorias que ya venían sucediéndose, encadenándose y encabalgándose desde hace varias décadas, y que de hecho explican por qué los efectos de la Covid-19 en las sociedades nacionales alrededor del mundo han sido tan devastadores en el grueso de los casos (el desmantelamiento de lo público, la privatización de los servicios de salud, el encarecimiento del costo de la vida, la aniquilación de las propiedades nutrimentales de los alimentos, la consolidación de estilos de vida farmacodependientes y holgazanes, aunque no por ello menos *acelerados*, etc.).

Sin duda, en parte ello tiene que ver con el hecho de que las Ciencias Sociales, en general, permanecen presas de sus propias aspiraciones nomotéticas; situación que las empuja, constantemente, a pensar el mundo desde un marco de realización de normas, principios y leyes generales siempre tendientes hacia la estabilización del sistema en su conjunto, y a la eliminación o supresión de las crisis que él mismo desencadena a partir de su funcionamiento planetario (Wallerstein, 1996). De ahí que, en el momento presente, uno de los argumentos que más se emplea para analizar los escenarios posibles que vendrán luego de la liberación del confinamiento social en la mayor parte del mundo tenga que ver con la concepción de que la crisis actual: a) emerge después de que la humanidad pasó por un breve lapso de estabilización de la crisis anterior; y, b) es una excepción a la regla de esa normalidad y esa estabilidad irrupida. Sobra señalar que, en el caso del primer supuesto, lo que se borra de la ecuación es la comprensión de la crisis en el plano de su larga duración y de sus manifestaciones diferenciadas y diferenciales en diversas escalas espaciales-temporales; y en el del segundo, que lo que se ignora (por voluntad o simple omisión) es el hecho de que hoy en día las crisis, la crisis sistémica global, no es la excepción a la regla de la estabilidad, sino la *norma* en sí misma; esto es, hoy la crisis funciona como *un dispositivo de gobierno*, como el fondo común necesario para mantener la mayor parte de las dinámicas más perniciosas del capitalismo contemporáneo en un contexto en el que la disputa por los recursos cada vez más escasos del planeta y el mantenimiento general de condiciones mínimas para el sostenimiento de la vida en sociedad son cada vez más atroces: terrenos de competencia cada vez más voraces y violentos.

Así pues, son las aspiraciones nomotéticas de las ciencias sociales, su aún férrea disposición al disciplinamiento abstracto y su predisposición a extraer consecuencias en los mismos términos en los que lo haría la física mecánica tres de los rasgos que mayores prejuicios causan cuando de comprender las coyunturas se trata. Y es que, en efecto, si se toma a las tres exponentes principales de esas características (la economía, la ciencia política y la sociología), dominantes, en conjunto, en la discusión pública de los acontecimientos vigentes, lo primero que se observa es que, si bien es cierto ya han avanzado mucho en la incorporación de marcos teóricos metodológicos y expresivos (lenguaje) de la multiplicidad y diversidad de disciplinas configuradas en el periodo de posguerra mundial, así como en la diversificación, multiplicación y ampliación de sus objetos y problemas de estudio, la realidad de su desarrollo es que su histórica disputa con las ciencias físicas-matemáticas y biológicas permanece como un lastre que les impide no únicamente incorporar sus propios avances (como la superación de la física mecánica por la cuántica), sino que, además, les restringe su comprensión del cúmulo de variables que hoy hacen posibles, de hecho, los postulados más destacados en el plano de la robótica, la inteligencia artificial, la automatización de procesos, el aprendizaje profundo, la minería de datos, la ingeniería genética, la geoingeniería, etc., (González Casanova, 2004: 15-92) cada uno de los cuales son empleados por los grandes capitales para afinar sus propios dispositivos de *gubernamentalidad* (Foucault, 2006).

En esos términos, dos de las tendencias que ya comienzan a ganar una enorme aceptación popular (por regla general, el principal nicho de resistencia a la imposición de cualquier nuevo dispositivo de poder es la impopularidad colectiva), como respuesta eficiente a la nueva normalidad en las geografías en las que ya se empieza a regresar a la vida económica anterior a la pandemia tiene que ver, por un lado, con el monitoreo ampliado, refinado y sistemático de las condiciones biométricas de los individuos que componen una población; y por el otro, con la reestructuración del espacio público y de los espacios de convivencia, de consumo y de producción, de tal manera que el contacto con el resto de las personas sea mínimo.

En el primer caso, por ejemplo, un hecho que llama la atención es el que tiene que ver con el enorme impulso que ya ganaan algunas iniciativas de las grandes corporaciones transnacionales en el ramo de la tecnología para generalizar *identidades digitales* que, aunque en el debate público y en el imaginario colectivo se recibieron como una nueva *teoría de conspiración* para dominar a las personas a través de chips implantados en el cuerpo, en realidad son proyectos que no difieren en mucho en lo que ya hacen dispositivos como los *Smart Watches* de *Apple*,

Google, Huawei, etc., en términos de sus capacidades de monitoreo permanente de las condiciones del cuerpo humano de quien los porta, la recolección de esa información y del resto de datos que le dan identidad y personalidad a un individuo, su tratamiento en las matrices de esas corporaciones y su empleo para acelerar dinámicas de reproducción de capital, particularmente en lo que respecta a seis tipos de relaciones: a) consumidor individual/proveedor individual de bienes y servicios, b) trabajador/empleador, c) consumidores colectivos/microempresas, d) propietarios de activos/ proveedores y compradores de servicios basados en activos, e) contribuyentes y beneficiarios de los impuestos/proveedores públicos de bienes y servicios, f) gobiernos/sociedad civil.⁷

En el segundo caso, por su parte, aunque las medidas de mitigación de contagios (implementadas alrededor del mundo una vez que una sociedad comienza a regresar a la normalidad del capitalismo voraz) están pensadas para hacer sobrevivir a las respectivas economías nacionales en un contexto en el que aún no se cuentan con medicamentos para el tratamiento de la enfermedad o vacunas para su prevención, lo que ya se observa en algunas geografías de las sociedades con mayores ingresos y niveles de bienestar social es que, de hecho, las adecuaciones al espacio público están pensadas para ser permanentes y, por lo tanto, para sostener indefinidamente dinámicas de *convivencia* en las que los individuos experimenten cada vez mayores grados de individualización de su *interrelacionamiento* con otros sujetos, en sus vidas cotidianas. Cascarones protectores diseñados para realizar actividades físicas grupales encapsulando a los individuos, gavetas de encierro individual para los y las estudiantes de educación básica o compartimientos personalizados en establecimientos de comida rápida son apenas algunos ejemplos de lo que la *nueva normalidad* significa, en términos de nueva individualización, aislamiento y atomización del cuerpo social.

⁷ El McKinsey Global Institute, líder en el despliegue de *Digital ID*, afirma lo siguiente: «Digital ID could be a solution to the gig economy’s marketplace problems. Unlike a paper-based IDs such as most driver’s licenses and passports, a digital ID can be authenticated remotely over digital channels. That means platforms like Uber, Task Rabbit, and Fiverr could verify their drivers, handymen, and independent workers with one click—and both you and the platform could trust them. Good digital ID requires the following four attributes: it can be verified and authenticated to a high degree of assurance, it is unique, it is established with individual consent, and it protects user privacy and ensures control over personal data. When carefully designed, we found that good digital ID can enable people to participate more fully in the economy and society as consumers, workers, and citizens, benefitting themselves as well as the companies and government agencies they interact with». Madgavkar&Mahajan, 2020).

La tendencia, por supuesto, dista mucho de ser una realidad generalizada, dadas las magnitudes de la producción y el consumo en masa que el neoliberalismo impulsó y alimentó con insistencia durante medio siglo, hasta el momento. Sin embargo, son ya coordenadas de lectura de los sentidos y las trayectorias históricas que se buscan seguir por parte de las corporaciones transnacionales, y que dan cuenta, una vez más, de la importancia que tiene el disputar la propiedad de los desarrollos tecnológicos para implementarlos con un carácter social. Después de todo, las aplicaciones científicas y tecnológicas también están atravesadas por lógicas de clase, de raza y de género que en sociedades *superexplotadas*, como las americanas y otras periféricas —en donde el hacinamiento y las dinámicas de masas son la regla más que la excepción—, sin duda arrojarán otros resultados.

Así pues, en una visión de conjunto, las consideraciones anteriores dan cuenta de que es la industria de tecnología de punta la que desde hace unos años se encarga de sostener el ciclo de acumulación de capital vigente, justo como en otros tiempos lo fueron el oro y la plata, el algodón y el azúcar y, en un registro paralelo, como no lo han dejado de ser los combustibles fósiles (Heede, 2014: 229-241). Y si se comprende que el avance de esta industria, vector conducente del capitalismo contemporáneo (basado, además, en una matriz energética fósil), se encuentra atravesando por un fase de su desarrollo en la que la dispersión del conocimiento especializado que la hace posible se amplía cada vez más a velocidades vertiginosas, se entenderá, asimismo, que el brote de esta nueva cepa de Coronavirus no se da en un momento cualquiera dentro de la larga trayectoria de los ciclos de acumulación y de hegemonía históricos en escala planetaria. Lo hace, por lo contrario, por un lado, cuando la fase de expansión en las escalas y los grados de acumulación, concentración y centralización de capital que es conducida, hay que insistir, por la industria centrada en la producción de tecnología de punta (eso que erróneamente se llama *cuarta*, o *quinta*, *revolución industrial*), atraviesa por una fase de continua expansión y de aceleración de sus dos dinámicas propulsoras: a) la monopolización del saber especializado que hace posible el dominio global de esas industrias de punta; y, b) sus capacidades de reproducción de niveles de ocupación, ingreso y consumo constantes (en tendencia ascendente o estable); y por el otro, cuando es precisamente ese sector el que concentra las mayores tensiones políticas y disputas económicas y militares entre la potencia en decadencia y la potencia en acenso (Wallerstein, 2004).

Ahora bien, ¿por qué es importante situar en ese momento específico la crisis sanitaria provocada por el *SARS-CoV-2* y no, simplemente, en el cuadro contextual de un ciclo de

contracción, de retracción o de estancamiento capitalista más, a la manera en que ocurrió, por ejemplo, cuando se imbricaron el brote de la influenza tipo *A-H1N1* y la contracción económica causada por la especulación financiera en los mercados hipotecarios de Estados Unidos (pero no sólo), en 2008? En términos generales, por tres razones:

1. Por la magnitud, el tiempo y la escala de la desmovilización social en la producción y el consumo;
2. Por los saldos del desempleo que las medidas de contención y mitigación sanitarias han dejado tras de sí, ya sea por la quiebra o el cierre de fuentes de trabajo o por la sustitución del personal por software o máquinas especializadas;
3. Porque, al encontrarse el vector tecnológico que conduce a las dinámicas de acumulación, concentración y centralización de capital en una fase de acelerada expansión y mayor penetración en la cotidianidad de la vida social, de su realización material, el escenario más plausible que se vislumbra en los años por venir es que las viejas dificultades a las que las grandes empresas y corporaciones transnacionales se tuvieron que enfrentar para —en argot liberal— *reactivar* y *acelerar* la economía global, hoy, muchas de ellas, son susceptibles de ser subsanadas por el rápido desarrollo de innovaciones tecnológicas que lleven a grados nunca antes vistos la explotación de los recursos naturales del planeta, con tal de recuperar o superar las tasas de ganancia previas a la crisis.

El desafío de la existencia: la ética productivista

Sin duda, las potencialidades concentradas en las industrias ligadas a las tecnologías de la información y la automatización de procesos, por su propia naturaleza y por el objetivo sobre el que operan (reducir al mínimo costos de producción derivados de las labores humanas) son y seguirán siendo empleadas por el gran capital para aminorar las pérdidas post-crisis sanitaria, agudizando aún más la escasez de empleos, las capacidades de consumo de las poblaciones, la demanda efectiva de la producción, etc., pero si eso pasa, cada sociedad alrededor del mundo debe cobrar conciencia de que es la agudización de esas condiciones una de sus mejores oportunidades para articular en proyectos políticos concretos la multiplicidad y la diversidad de intereses que el reacomodo del capital causará. Es ahí, y sólo ahí, en verdad, en donde hace sentido la apuesta por ver en la actual crisis el germen de algo que podría llegar a configurarse como una apuesta anticapitalista en favor de la vida, y no en ese oxímoron que significa el

pensar que el *capitalismo-deviene-comunismo* en la medida en que alcance un mayor desarrollo de sus capacidades productivas a partir de la automatización de procesos: liberando a la fuerza de trabajo humana de la tortuosa necesidad de trabajar. Ahí, en ese horizonte, lo único que se perfila es que la dominación adoptará otras formas, distintas de las figuras que hoy día aun habita. El problema de fondo es, pues, disputar la dirección que habrá de tomar el sistema en su bifurcación, y eso implica, al mismo tiempo, *perfigurar* un compromiso a la vez ético y político, salir de la trampa del reformismo.

En efecto. Cuando, por ejemplo, en la cúspide de la dispersión de los contagios en México y en la mayor parte del mundo occidental, los precios del petróleo se desplomaron (y a América le pasó de noche la reconfiguración militar del bloqueo estadounidense a Cuba y Venezuela) (Saxe-Fernández, 2020), con prontitud proliferaron las apuestas políticas por fortalecer la transición energética hacia las energías verdes, montándose en dos argumentos bastante precisos: primero, el confinamiento masivo de personas había llegado a demostrar que la desaceleración de la actividad comercial tiene impactos profundos en la regeneración de los ecosistemas, a velocidades de las que no se tenía mucha conciencia en el grueso de la sociedad; y en segundo lugar, que un modelo energético más sustentable, generalizado alrededor del mundo, tendría la capacidad de reducir futuras mutaciones en agentes patógenos potencialmente mortales para la humanidad, toda vez que, aquí también, una parte importante de la sociedad cobró conciencia de que la contaminación influye en las adaptaciones genéticas de los organismos.

Los señalamientos, aunque no del todo novedosos, pero sí con un mayor impacto o con una resonancia mayor a la que en tiempos pasados habían tenido (potenciados, además, por una predisposición psicoafectiva por parte de las masas a asumir el peor de los escenarios posibles: un apocalipsis bacteriológico), llevan ya bastante tiempo circulando entre los canales científicos de todo el mundo, llegando a desarrollarlos de tal modo que, en algunas de sus formulaciones en apariencia más críticas y radicales, los potenciales de las alternativas menos contaminantes son exaltados sin consideración alguna de las resistencias bélicas (y no sólo comerciales, diplomáticas, económicas, financieras, o similares y derivadas) que se activan y desatan cuando alternativas así son conducidas desde lo social (desde el uso público y común) y no desde la lógica de la acumulación de capital (Ingraffea, 2019).

Es decir, los rasgos dominantes en las tendencias a promover la transición energética alrededor del mundo, por lo menos en el grueso de los imaginarios colectivos nacionales de América, de una parte considerable de sus circuitos científicos en el campo de las ciencias físico-químicas y en una parte nada despreciable, inclusive, de las ciencias sociales en las que se mueve su intelectualidad, siguen siendo el de la *inocente omisión* o el de la *arrogante ignorancia* de la dimensión geopolítica de la matriz energética global, impidiendo captar, por un lado, que no ha existido a lo largo de la historia del capitalismo global otro combustible que posea una cadena de valor tan extensa, rica y compleja como el petróleo, que es además el que tiene las tasas de retorno energético más elevadas de todas las fuentes de energía hasta ahora conocidas; y por el otro, que el apelar a la exaltación de los argumentos que ponen en el centro de su argumentación la necesidad de preservar la vida, porque si se sigue avanzando por el mismo camino no habrá planeta alguno para vivir (o para acumular capital) no sólo es un argumento que, en el fondo de sus bases epistemológicas, pretende abstraerse de la política, del conflicto y de la tensión de lo social (suscribiendo el argumento de que su discurso proviene desde la neutralidad política que toma como mayor eje de acción el valor de la vida por la vida misma), sino que, además, y por contradictorio o paradójico que pudiese parecer, apela a un humanismo abstracto libre de todo interés político.

Más allá de toda consideración sobre lo valiosa que ha sido su lucha para movilizar conciencias y activar resistencias (sobre todo en las capas más jóvenes de la sociedad), Greta Thunberg y el fenómeno por ella potenciado se inscriben justo en esa línea discursiva, en la que el cambio radical se piensa, se acepta y se promueve como una pura interpelación subjetiva que al final llegue a tener efectos profundos en el sentido común dominante de aquellos y aquellas que continúan la tradición de más de quinientos años de acumular, concentrar y centralizar capital a partir de la explotación del humano por el humano, y del resto de la vida orgánica y los recursos naturales por el humano. Si la *desalienación*, la *desfetichización* y la *desenajenación* capitalistas se diesen así, a partir de la repetición sistemática de una prédica que en el fondo pretende suspender la política, la historia reciente de la humanidad, por lo menos desde las más atroces consecuencias del colonialismo, sería otra, y no la que en efecto ha sido y es. Y es, además, por esta misma razón, que la insistente aplicación de la comunidad científica internacional a la *cientificidad* de sus datos, a la *neutralidad* axiológica de sus pruebas y a la *apoliticidad* de sus advertencias sobre el cambio climático, la devastación de los ecosistemas,

el descongelamiento de los polos, la quema de combustibles fósiles, etc., se halla en el mismo registro que el discurso de Greta (Mahnkopf, 2019).

Para ponerlo en otros términos, uno de los correlatos que más se emplea por parte de los discursos que buscan hacer conciencia sobre la insoportable condición en la que se encuentran las condiciones de posibilidad de la vida humana y de toda vida orgánica en el planeta Tierra, tiene que ver, por ejemplo, con el rescatar los modos de vida de las comunidades indígenas [el «*abyayalismo*» (Castro-Gómez, 2019: 11), en América del Sur], partiendo del reconocimiento de que en verdad *otros mundos son posibles*, en los que el valor de uso del universo material del cual se rodean los individuos y en el cual habitan las colectividades sea el que comande la reproducción material de su existencia, y no el valor que se valoriza. Acá, de nuevo, más allá de toda consideración sobre lo valiosas que son las luchas en esos frentes y de las enormes lecciones políticas, culturales, económicas e históricas que es posible extraer de experiencias como esas, para el resto de las personas que conforman las sociedades nacionales de América, lo que no se llega a poner en perspectiva es que el comunitarismo y el autonomismo de ese tipo, en América y en el resto de las periferias globales, sólo es posible y existe efectivamente cuando *se lo deja* existir. De ello dan cuenta los cientos de experiencias de comunidades y de autonomías que a lo largo de los últimos veinte años de guerra en contra del crimen organizado transnacional y del terrorismo global han desaparecido, justo, bajo el velo de esos dos conflictos armados. En América, por su puesto, las situaciones que se visibilizan a diario, que están en ese riesgo, son cientos, siempre poniendo el dedo en el renglón sobre los asedios que se viven por parte de las corporaciones transnacionales o de los ensayos de geoingeniería que tienen por objeto sus geografías.

Que casos como el de los zapatistas se hayan mantenido con vida, cultivando éxito tras éxito, hasta ser autosuficientes, durante tanto tiempo, no implica otra cosa más que la visibilización de la cara frontal de esas otras dinámicas que en Bolivia, en Brasil o en Argentina llevan a golpes de Estado brutales, con prácticas de privatización, de dominación, de explotación y de depredación más brutales que aquellas que operaban antes de que el progresismo, las autonomías o las alternativas irrumpieran en el escenario político nacional y regional (Saxe-Fernández, 2009: 1-26). Por paradójica que sea, no deja de ser esa situación en la que se encuentra América una tragedia, pues ante los embates de las corporaciones transnacionales y de sus ejércitos (públicos y privados) y ante el riesgo siempre inminente de una intervención geopolítica por parte de las grandes potencias, en América o bien se apuesta por un

comunitarismo que esté dispuesto a su extensión cuando haya que defenderla (como lo han manifestado los zapatistas) o bien apuesta por un modelo de desarrollo igual de voraz que el practicado históricamente por los gobiernos neoliberales que se han sucedido en la región, pero con el propósito de fortalecer al Estado y su sociedad civil en la resistencia de aquellos embates.

México, en el tiempo-espacio presente, se halla en esa disyuntiva, y la izquierda nacional y americana tiene la obligación ética y política de ejercer su crítica como un elemento de control de la trayectoria adoptada por la correlación de fuerzas vigente, pero siempre partiendo del reconocimiento de que esa crítica tiene todo el potencial de minar y hacer estallar ese compromiso, esa tensión, desde el interior, fortaleciendo a quienes durante tantas décadas ha combatido. Es ahí, justo, en donde se sitúa la necesidad de discutir a partir de una ciencia con adjetivos; es decir, no desde el *cientificismo*, sino a partir de una ciencia con una clara conciencia ética y política.

Bibliografía

ÁLVAREZ GONZÁLEZ, F.J. (8 de mayo del 2020). *¿Por qué pensar la educación a distancia?* Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-Observatorio Social del Coronavirus. Recuperado el 13 de agosto del 2020 de <https://www.clacso.org/por-que-pensar-la-educacion-a-distancia/>.

ANIMAL POLÍTICO. (2020, junio). Semáforo Económico ¿Cuántos empleos formales le ha costado a México la pandemia? Animal Político <https://www.animalpolitico.com/2020/06/cuantos-empleos-formales-costado-mexico-covid-19/>.

BORGER, J. (3 de mayo del 2020). Mike Pompeo: 'enormous evidence' coronavirus came from Chinese lab. *The Guardian* <https://www.theguardian.com/world/2020/may/03/mike-pompeo-donald-trump-coronavirus-chinese-laboratory>.

BROOKS, M. (20 de abril del 2020). *The Next Pandemic Might Not Be Natural*. Foreign Policy <https://foreignpolicy.com/2020/04/20/coronavirus-pandemic-bioterrorism-preparedness/>.

BUTLER, D. (12 de noviembre del 2015). Engineered bat virus stirs debate over risky research: lab-made coronavirus related to SARS can infect human cells. *Nature: International weekly journal of science* <https://doi.org/10.1038/nature.2015.18787>

CASTRO-GÓMEZ, S. (2015). *Revoluciones sin sujeto: Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Akal.

CENTERS FOR DISEASE CONTROL AND PREVENTION (2020). Bioterrorism Agents/Diseases. Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos. <https://emergency.cdc.gov/agent/agentlist-category.asp>.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (2020, abril). América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19: efectos económicos y sociales. CEPAL, Organización de las Naciones Unidas. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45337/6/S2000264_es.pdf.

CHEN, X. Y GONÇALVES, M.A.F.V. (1 de marzo del 2016). Engineered Viruses as Genome Editing Devices. *Molecular Therapy* 24, (3), 447-457. <https://doi.org/10.1038/mt.2015.164>

FOUCAULT, M. (2006). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica.

GERSTEIN, D.M. (18 de enero del 2016). *Countering Bioterror*. RAND Corporation <https://www.rand.org/blog/2016/01/countering-bioterror.html>.

GERTZ, B. (26 de enero del 2020). *Coronavirus may have originated in lab linked to China's biowarfare program*. The Washington Times <https://www.washingtontimes.com/news/2020/jan/26/coronavirus-link-to-china-biowarfare-program-poss/>.

GONZÁLEZ CASANOVA, P. (2004). *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*. IIS-UNAM-Anthropos.

GUTIÉRREZ, R. (12 de marzo del 2020). *Cambio climático y deforestación, causas de enfermedades emergentes*. Gaceta UNAM <https://www.gaceta.unam.mx/cambio-climatico-y-deforestacion-causa-de-enfermedades-emergentes-en-mexico/>

HEEDE, R. (2014). Tracing anthropogenic carbon dioxide and methane emissions to fossil fuel and cement producers, 1854–2010. *Climatic Change*, 122, 229-241. <https://doi.org/10.1007/s10584-013-0986-y>

HERFST, S., SCHRAUWEN, E.J.A., LINSTER, M., CHUTINIMITKUL, S., WIT, E., MUNSTER, V.J., SORRELL, E.M., BESTEBROER, T.M., BURKE, D.F., SMITH, D.J., RIMMELZWAAN, G.F., OSTERHAUS, A.D.M.E., Y FOUCHIER, R.A.M. (2012). Airborne Transmission of Influenza A/H5N1 Virus Between Ferrets. *Science*, 336 (6088), 1534-1541. <https://doi.org/10.1126/science.1213362>.

HOWARD, A. (1 de mayo del 2020). *The pandemic and America's response to future bioweapons*. War on the Rocks <https://warontherocks.com/2020/05/the-pandemic-and-americas-response-to-future-bioweapons/>.

INGRAFFEA, A (2019): "Explotación de fósiles no convencionales en Estados Unidos y México. Situación y alternativas". En J. Saxe-Fernández (coord.), *Sociología política del colapso climático antropogénico: capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía* (págs. 87-110), CEIICH-UNAM.

GERAGHTY, J. (3 de abril del 2020). *The Trail Leading" Back to the Wuhan Labs*. National Review <https://www.nationalreview.com/2020/04/coronavirus-china-trail-leading-back-to-wuhan-labs>.

LÓPEZ SÁNCHEZ, G. (29 de diciembre del 2017). "El demonio en el congelador", *el letal virus que solo se guarda en dos laboratorios*. ABC https://www.abc.es/ciencia/abci-demonio-congelador-letal-virus-solo-guarda-laboratorios-201712292028_noticia.html.

LÓPEZ, P. (7 de noviembre del 2019). *Problema grave, la resistencia bacteriana a los antibióticos*. Gaceta UNAM <https://www.gaceta.unam.mx/problema-grave-la-resistencia-bacteriana-a-los-antibioticos/>.

MACKENZIE, D. (29 de octubre del 2003). *US develops lethal new viruses*. New Scientist <https://www.newscientist.com/article/dn4318-us-develops-lethal-new-viruses/>.

MADGAVKAR, A., Y MAHAJAN, D. (24 de julio del 2020). *The gig economy has an identity problem and digital ID could fix it*. McKinsey & Company <https://www.mckinsey.com/mgi/overview/in-the-news/the-gig-economy-has-an-identity-problem-and-digital-id-could-fix-it>.

MAHNKOPF, B. (2019). Problemas y contradicciones del "capitalismo verde". En J. Saxe-Fernández (coord.), *Sociología política del colapso climático antropogénico: capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía* (págs. 131-156), CEIICH-UNAM.

MANYIKA, J., LUND, S., CHUI, M., BUGHIN, J., WOETZEL, J., BATRA, P., KO, R., Y SANGHVI, S. (28 de noviembre del 2017). *Jobs lost, jobs gained: Workforce transitions in a time of automation*. McKinsey & Company <https://www.mckinsey.com/featured-insights/future-of-work/jobs-lost-jobs-gained-what-the-future-of-work-will-mean-for-jobs-skills-and-wages>.

MCNEIL JR., DONALD G. (22 de junio del 2012). Bird Flu Paper Is Published After Debate. *The New York Times* <https://www.nytimes.com/2012/06/22/health/h5n1-bird-flu-research-that-stoked-fears-is-published.html>.

MINIAN I. Y MARTÍNEZ MONROY, Á. (2018). El impacto de las nuevas tecnologías en el empleo en México. *Problemas del Desarrollo*, 49 (195), 27-53. <https://doi.org/10.22201/iee.20078951e.2018.195.64001>.

MUSTO, J. (5 de mayo del 2020). *Tom Cotton calls on China to produce evidence that disputes Wuhan lab as source of COVID-19*. Fox News. <https://www.foxnews.com/media/tom-cotton-calls-on-china-to-produce-evidence-disputing-lab-theory>.

NATIONAL DISASTER RESILIENCE COUNCIL (2020, marzo). Considerations about the Cascading Effects of COVID-19 on Critical Infrastructure Sectors, InfraGard's National Disaster Resilience Council. <https://www.csfa.net/csfa/images/csfa/PDFs/The-Cascading-Effects-of-COVID-19-on-Critical-Infrastructure-Sectors-20-March-2020.pdf>.

OLIVIE I., Y GARCÍA, M. (2020). *The end of globalisation? A reflection on the effects of the COVID-19 crisis using the Elcano Global Presence Index*. Real Instituto Elcano http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_en/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_in/zonas_in/ari60-2020-olivie-gracia-end-of-globalisation-reflection-on-effects-of-covid-19-crisis-using-elcano-global-presence-index.

OROZCO, R. (2020a). *Reporte Estratégico, núm. 001: La dimensión geopolítica del Coronavirus*, CELAEI <https://celaei.org/wp-content/uploads/2020/02/re001.pdf>.

OROZCO, R. (2020b). *La tragedia italiana en el imaginario distópico global: letalidad diferenciada del Covid-19*. Centro de investigación sobre la globalización <https://www.globalizacion.ca/la-tragedia-italiana-en-el-imaginario-distopico-global-letalidad-diferenciada-del-covid-19/>.

OROZCO, R. (2020c). *El autoritarismo social en el combate al Covid-19*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-Observatorio Social del Coronavirus <https://www.clacso.org/el-autoritarismo-social-en-el-combate-al-covid-19/>.

RAMONET, I. (25 de abril del 2020). La pandemia y el sistema mundo. *La Jornada* <https://www.jornada.com.mx/ultimas/mundo/2020/04/25/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-7878.html>

SAXE-FERNÁNDEZ, J. (2009, enero). *Dependencia estratégica: una aproximación histórico-conceptual*. IIS-UNAM http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/422trabajo.pdf.

SAXE-FERNÁNDEZ, J. (9 de abril del 2020). Covid-19 y la diplomacia de cañoneras. *La Jornada* <https://www.jornada.com.mx/2020/04/09/opinion/024a1eco>.

WALLERSTEIN, I. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Gedisa.

WALLERSTEIN, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Siglo XX-IIS-UNAM.

SLAVOJ, Ž. (2020). El Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinención del comunismo. En G. Agamben, S. Žizek, J-L. Nancy, F. Berardi, S. López Petit, J. Butler, A. Badiou,

D. HARVEY, B-C. HAN, R. ZIBECCHI, M. GALINDO, M. GABRIEL, G. YAÑEZ GONZÁLEZ, P. MANRIQUE Y P. B. PRECIADO (Auct.), *Sopa de Wuhan: pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (págs. 21-28). SAPO.

Cómo citar

OROZCO, R. (2020). Hegemonía, crisis sanitaria y bifurcación sistémica. *Revista Cardinalis*, 8(15), 16–42.

Recuperado a partir de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/card/issue/view/2246>